

ESTUDOS ARQUEOLÓGICOS DE OEIRAS

Volume 32 • 2023



Editor científico: João Luís Cardoso

CÂMARA MUNICIPAL DE OEIRAS
2023

Estudos Arqueológicos de Oeiras é uma revista de periodicidade anual, publicada em continuidade desde 1991, que privilegia, exceptuando números temáticos de abrangência nacional e internacional, a publicação de estudos de arqueologia da Estremadura em geral e do concelho de Oeiras em particular, sem prejuízo daqueles que possam valorizar o conhecimento das antiguidades oeirenses, para além de contributos sobre a História da Arqueologia e de comunicações apresentadas a reuniões científicas organizadas pelo Centro de Estudos Arqueológicos do Concelho de Oeiras/Câmara Municipal de Oeiras.

Possui um Conselho Assessor do Editor Científico, assim constituído:

- Dr. Luís Raposo (Museu Nacional de Arqueologia, Lisboa)
- Professor Doutor Nuno Bicho (Universidade do Algarve)
- Professor Doutor Alfredo Mederos Martín (Universidade Autónoma de Madrid)
- Professor Doutor Martín Almagro Gorbea (Universidade Complutense de Madrid)
- Professora Doutora Raquel Vilaça (Universidade de Coimbra)
- Professor Doutor Jorge de Oliveira (Universidade de Évora)

ESTUDOS ARQUEOLÓGICOS DE OEIRAS

Volume 32 • 2023 ISSN: 0872-6086

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7919687>

EDITOR CIENTÍFICO – João Luís Cardoso
DESENHO E FOTOGRAFIA – Autores ou fontes assinaladas
PRODUÇÃO – Gabinete de Comunicação / CMO
CORRESPONDÊNCIA – Centro de Estudos Arqueológicos do Concelho de Oeiras
Fábrica da Pólvora de Barcarena
Estrada das Fontainhas
2730-085 BARCARENA

Os artigos publicados são da exclusiva responsabilidade dos Autores.
É expressamente proibida a reprodução de quaisquer imagens sobre as quais existam direitos de autor sem o prévio consentimento dos signatários dos artigos respectivos.

Aceita-se permuta
On prie l'échange
Exchange wanted
Tauschverkehr erwünscht

ORIENTAÇÃO GRÁFICA E

REVISÃO DE PROVAS – João Luís Cardoso e Autores

PAGINAÇÃO – César Antunes

IMPRESSÃO E ACABAMENTO – Grificamares, Lda. - Amares - Tel. 253 992 735

DEPÓSITO LEGAL: 97312/96

SOBRE LOS ORÍGENES DE LUSITANIA¹

ON THE ORIGINS OF LUSITANIA

Martín Almagro Gorbea²

Abstract

The *Lusitani* are one of the main peoples of pre-Roman Iberia (Strab. III,3,3). Its territory and its archaic society, religion and language are analyzed, as well as some popular folk traditions of Lusitanian origin. The dispersion of the “Lusitanian” warrior stelae from the Bronze Age and the Galician-Lusitanian warrior sculptures from the Iron Age coincides with the epigraphs in Lusitanian language and with Lusitanian theonyms and anthroponyms. They delimit the ancient *Lusitania*. This interdisciplinary analysis raises the origin of the warlike *Lusitani* as semi-nomadic Indo-European warrior-shepherds, probably originating from the steppes of Ukraine, adapted from the Bell Beaker times to the pastoral siliceous regions of western Iberia, until Augustus divided their territory by creating the *Provincia Lusitania* 16 B.C. to subdue them.

Keywords: *Lusitani*. Indo-European languages. Indo-European religion. Warrior-shepherds. Lusitanian Language. Palaeoethnology. Longue durée.

Conocer nuestro pasado es conocernos a nosotros mismos, por lo que desde hace muchos años me ha atraído la riqueza arqueológica de la antigua Lusitania, cuyo conocimiento ha avanzado mucho en los últimos 50 años. A estos estudios dediqué buena parte de mi Tesis Doctoral con múltiples viajes por Portugal y Extremadura que me han permitido conocer y entablar amistad con muchos colegas y amigos, a los que siento no poder citar aquí aunque los tenga presentes siempre en mi afecto. Sin embargo, quiero mencionar a la villa de Medellín, la antigua *Conisturgis* de los conios y la *Metellinum* romana, que me nombró hace años su hijo adoptivo, por lo que me siento ciudadano de *Conisturgis*, la última ciudad-estado situada en el extremo Occidente, según indica Heródoto y precisa Estrabón, como también tengo el honor de ser compatriota de Hernán Cortés, una de las figuras más señeras de la Historia.

Lusitania y Extremadura es el tema de este discurso. El origen de las culturas y los procesos de etnogénesis o formación de los pueblos siempre son temas que atraen, pues son procesos de “larga duración”, en la

¹ Resumen del discurso *Lusitania y Extremadura. Los orígenes de Lusitania*, leído el día 22 de octubre de 2022 en la toma de posesión como Académico de Honor de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes. El texto completo del discurso y la bibliografía puede consultarse en la página oficial de la Real Academia de Extremadura y en https://www.academia.edu/89247086/LUSITANIA_Y_EXTREMADURA_Los_or%C3%ADgenes_de_Lusitania.

² Real Academia de la Historia anticuario@rah.es

acertada expresión de Fernad Braudel, que permiten comprender la evolución de la cultura humana y explicar cómo se ha conformado a lo largo de siglos y milenios nuestra forma de ser y de pensar, nuestra personalidad individual y colectiva.

Desde esta perspectiva es muy ilustrativo abordar el estudio de los pueblos prerromanos de la antigua *Hispania* para fenicios y púnicos, *Iberia* para los griegos, que, a través de la romanización, el cristianismo, la islamización y la reconquista han conformado nuestras raíces culturales y demográficas. Esta es la razón de abordar el origen de los lusitanos, gentes que poblaron estas tierras occidentales de Portugal y España desde hace milenios y de las que proceden muchas costumbres que constituyen un verdadero Patrimonio Cultural.

Las tierras silíceas de Portugal y de Extremadura formaban parte de la *Provincia Lusitania* creada por Augusto, quien estableció su capital en *Augusta Emerita*, aunque no debemos identificar la *Provincia Lusitania* con el territorio que habitaban los lusitanos desde el III milenio a.C. Los lusitanos han sido un tema preferente en los de estudios de la Hispania Antigua, pues desde la Antigüedad se ha admirado su capacidad guerrera en su duro enfrentamiento a Roma, en el que se hicieron famosos en la Antigüedad, pero esa fama como guerreros ha ocultado conocer en profundidad a este pueblo, que puede considerarse una de las etnias más interesantes de Europa, ya que conservaban una cultura muy arcaica y peculiar en el *finis terrae* occidental del mundo conocido en la Antigüedad, donde los cambios llegaban más tarde y más atenuados.

Las investigaciones actuales permiten abordar su estudio y conocer su cultura, su lengua, su religión, más primitiva que la celta o la greco-romana, y su historia, ya que su sistema etno-cultural refleja la personalidad de una arcaica sociedad indoeuropea que ya llamó en el siglo I a.C. la atención de Posidonios y de Estrabón. Y, aunque a penas conocemos su genética, las tradiciones populares confirman un proceso de “larga duración” originado en un substrato indoeuropeo del III milenio a.C., que corrobora el arcaísmo de su cultura, su lengua y su religión.

“Lusitano”, como “celta”, “germano”, “griego” o “romano”, es un concepto étnico, que hay que tener en cuenta en su interpretación histórica. Una etnia la conforman su cultura material, su tecnología y economía, su sociedad y demografía y su genética, además del imaginario, la religión y la lengua, campos interrelacionados que exigen un estudio interdisciplinar. Estos elementos varían a lo largo del tiempo y del espacio y pueden variar cada uno de manera independiente o de forma correlativa, por cambios internos y por influjos y contactos externos, a la vez que permiten autoidentificarse y diferenciarse de otros grupos.

Como primera referencia a los lusitanos puede considerarse una breve alusión en la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno hacia el 525 a.C., pero es Polibio (X,7,4) quien cita por primera vez *Lusitania* hacia el 210 a.C. y, ya en tiempos de Augusto, Estrabón (III,3,3 y 6), al hacerse eco de la fama que tenía en esa época, resalta que “*al norte del Tajo, Lusitania es el más grande de los pueblos de Iberia y el que durante más tiempo ha sufrido la guerra de los romanos*”.

En las *Guerras Lusitanas* los lusitanos se hicieron famosos y su héroe Viriato protagonizó durante diez años una dura lucha que llegó a mitificarse, pues pasó de pastor a *latro*, de *latro* a *dux* y de *dux* a *rex*, como explicita Floro (I,33,15-16), proceso que sintetiza la evolución socio-política de la sociedad lusitana y de su sistema de jefatura, hasta ser capaz de dirigir grandes contingentes y controlar ciudades-estado y amplios territorios, proceso que Roma abortó por el peligro que para ella suponía.

Viriato es la figura más interesante de la *Hispania* indígena. Su fama ha suscitado polémicas sobre su cuna, que tienen la honra de disputarse Viseu en Portugal y Zamora en España. Otros la sitúan en la Serra da Estrela, en la Beturia Céltica o en la Lusitania meridional, sin excluir las sierras de Montánchez y de Santa Cruz, patria de los lanceros lusitanos y donde el antropónimo *Viriatus* es frecuente, por lo que bien Viriato

podría ser originario de estas tierras, en las que prosiguió el uso de ese antropónimo, quizás por su popularidad como héroe local.

En época medieval, la *Crónica General de España* de Alfonso X el Sabio considera a Viriato un caudillo heroico que se rebeló frente a Roma. Esta orientación nacionalista, cultivada en Castilla y en Portugal, prosigue en los humanistas del Renacimiento, como Andrés de Resende, que recoge el saber de la Antigüedad en su *De Antiquitatibus Lusitaniae*, exaltación humanista que plasmó el genial Luis de Camões en *Os Lusíadas* (I,26): *Deixo, Deuses atrás a fama antiga que co a gente de Rómulo alcançaram, quando com Viriato, na inimiga guerra Romana, tanto se afamaram*. Esta visión prosigue hasta el siglo XIX, cuando se exaltó a Viriato con una perspectiva nacionalista romántica propia de la época y el mismo Mommsen lo comparó a un héroe homérico.

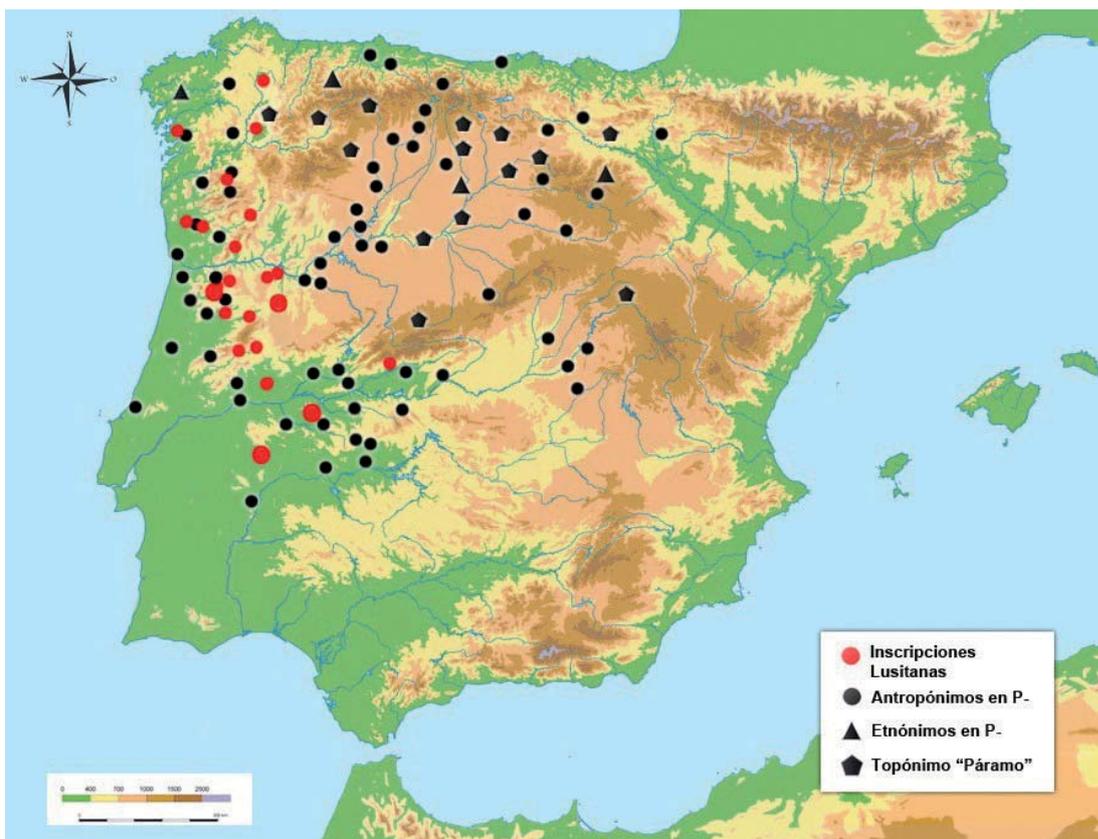
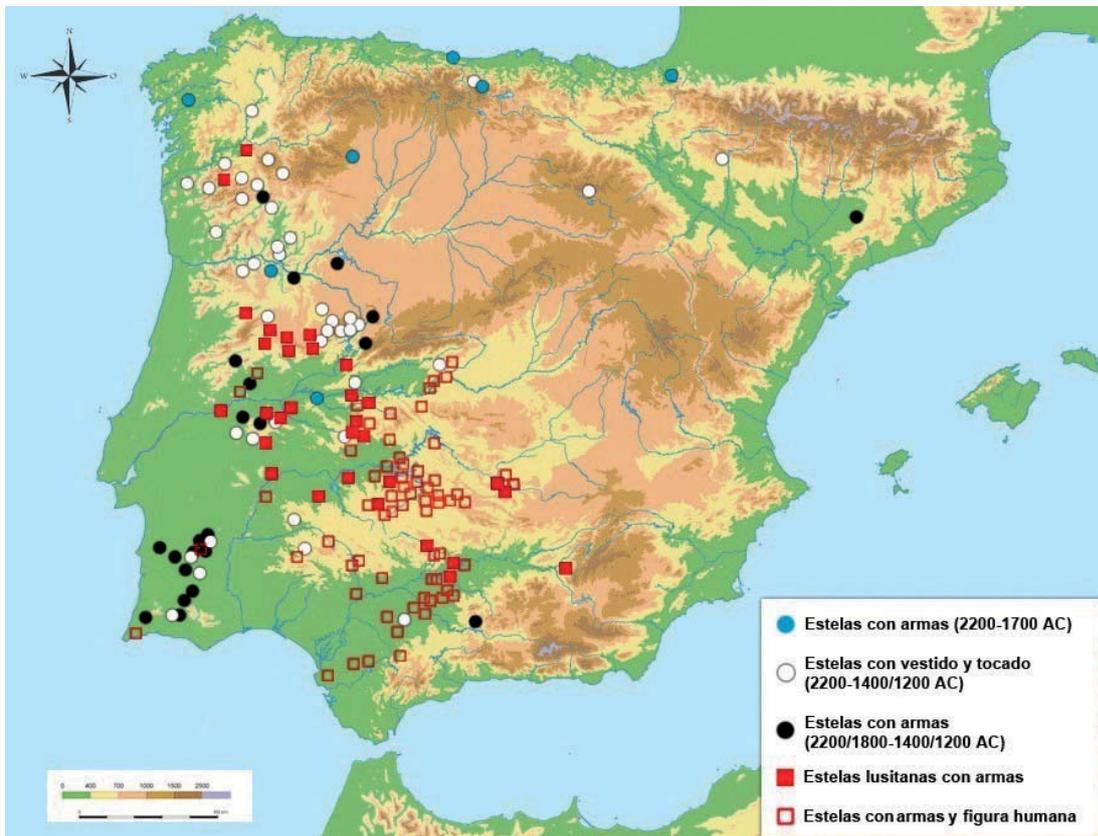
A fines del siglo XIX las excavaciones de Francisco Martins Sarmiento en la citania de Briteiros abrieron una nueva vía de conocimientos, que atrajeron interés internacional y que le llevaron a concluir que los lusitanos eran gentes pre-celtas, originarias de las primeras migraciones arias, establecidas en el Occidente de Europa, tesis plenamente válida todavía hoy. Junto a Sarmiento hay que destacar a José Leite de Vasconcelos, fundador del *Museu Nacional de Arqueologia* de Lisboa que lleva su nombre, tradición que ha proseguido hasta fines del siglo XX, en que Armando Coelho Ferreira da Silva ha realizado la brillante síntesis que constituye *A Cultura Castreja do Noroeste de Portugal*, mientras colegas como Jorge de Alarcão, José d'Encarnação y Amílcar Guerra han actualizado los estudios epigráficos e históricos y João Luis Cardoso la visión del sustrato prehistórico.

En Extremadura se debe recordar la *Historia de los framontanos* de Vicente Paredes, pues tiene el interés de considerarlos pastores trashumantes relacionados con los caminos prerromanos y con “muchos nombres de comarcas, ciudades, villas y pueblos originados por el ejercicio de la trashumancia de ganados”, mientras el Marqués de Monsalud y Mario Roso de Luna hablan de “citanias extremeñas” por influjo de sus colegas portugueses. Ya a fines del siglo XX, Raquel Vilaça en las Beiras y el estudio paralelo de Ana M^a Martín Bravo en la Alta Extremadura renovaron los estudios, enriquecidos en los años 1960 con las aportaciones de la Lingüística, al haber identificado Antonio Tovar “entre el Duero y el Tajo una región lingüística que podemos llamar Lusitania”, caracterizada por una lengua indoeuropea hasta entonces desconocida.

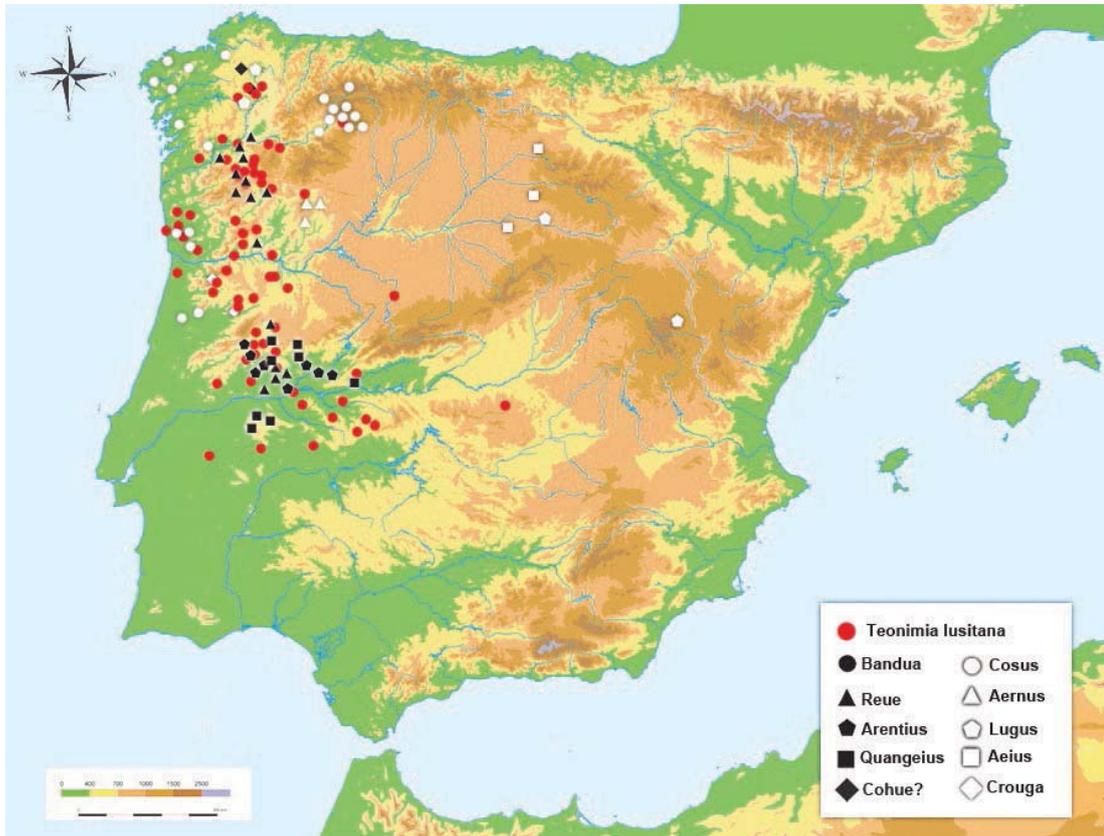
Para saber quiénes eran los lusitanos es fundamental precisar su territorio. Este tema ha sido discutido desde la Antigüedad, pues muchos autores confunden la Lusitania con el teatro de operaciones de las Guerras Lusitanas o con la *Provincia Lusitania*, bien conocida por las fuentes históricas y epigráficas, pero que es una creación de Augusto el año 16 a.C. para dividir y controlar a los belicosos lusitanos, por lo que no se debe confundir con la verdadera “Lusitania”, entendida como el territorio habitado por éstos al menos ya desde la Edad del Bronce.

La verdadera Lusitania se puede reconstruir por la dispersión por el mismo territorio de elementos arqueológicos, lingüísticos y paleoetnológicos que conforman la cultura lusitana desde el II milenio a.C., como evidencian las estelas de guerrero “lusitanas”, cuya dispersión coincide con la de la lengua lusitana, incluidos antropónimos y topónimos, y con las divinidades lusitanas (Fig. 1). Estos testimonios precisan que la Lusitania se extendía desde el centro de Galicia por el norte, como explicita Estrabón (III,3,3) al señalar que los galaicos eran considerados lusitanos, hasta el Alentejo y Sierra Morena por el sur. Llegaría al Atlántico por el oeste y a Zamora y Salamanca por el este y a los Montes de Toledo y el Campo de Calatrava por el sureste, excluyendo las llanuras sedimentarias de la Meseta, por la que se extendía en la Edad del Bronce la Cultura de Cogotas I.

Este amplio territorio, de gran personalidad, corresponde a las tierras silíceas del denominado Macizo Ibérico, con característicos paisajes de robles en las húmedas zonas atlánticas septentrionales que pasan paula-



1C



1D

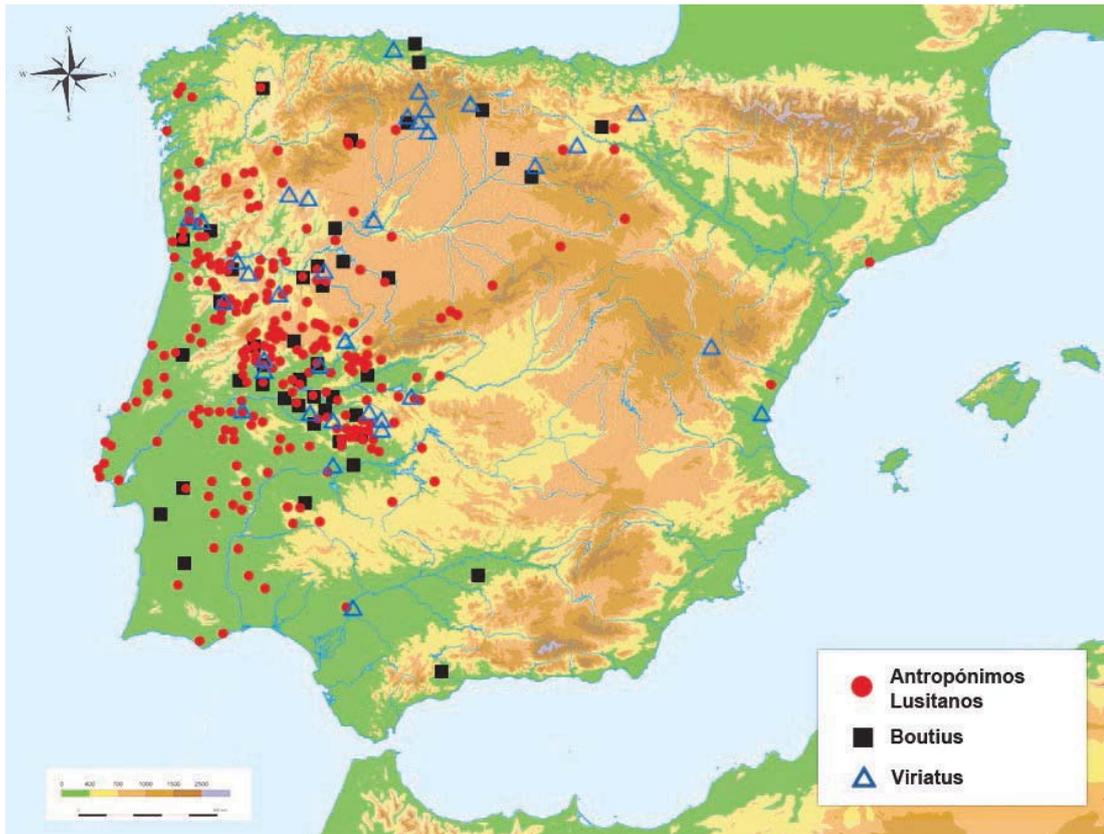


Fig. 1 – Extensión de la antigua Lusitania: 1A, Estelas lusitanas. 1B, Inscripciones y topónimos y etnónimos en P-. 1C, Divinidades lusitanas. 1D, Antropónimos lusitanos.

tinamente a encinas y dehesas en las meridionales. Sin embargo, se debe resaltar que esos suelos silíceos, formados mayoritariamente por granitos, esquistos y cuarcitas, aunque ricos en oro y estaño, son especialmente aptos para la ganadería, lo que explica la vocación ganadera de los lusitanos y sus características culturales, que cristalizaron en el característico paisaje de esos territorios.

Esta asociación ancestral entre el hombre y el paisaje de dehesa es una sabia adaptación del bosque mediterráneo-atlántico a la vida ganadera que ha conformado el paisaje de Lusitania, pues favorecía el carácter de guerreros-pastores de los lusitanos. Este medio ambiente, de tanta personalidad histórica y cultural, ha perdurado en el bello paisaje de esas tierras, que puede considerarse que es un verdadero “monumento cultural”, por ser en gran medida producto de la cultura humana.

El origen de los lusitanos es un tema de gran interés. La delimitación del territorio de la antigua Lusitania permite reconstruir su etnogénesis gracias a restos arqueológicos de su cultura material, que permite datar su evolución y la información que aportan las fuentes históricas, los datos lingüísticos y religiosos y también las interesantes tradiciones populares.

En estas tierras atlánticas la agricultura se introdujo en el VI milenio a.C. y cristalizó en la Cultura Megalítica sobre un substrato mesolítico absorbido por gentes neolíticas originarias de Anatolia, como evidencia las investigaciones paleogenéticas. A inicios del III milenio a.C. el aumento demográfico se refleja en los grandes poblados del Calcolítico y en sus tumbas monumentales. Sin embargo, a mediados del III milenio a.C. se inicia un profundo cambio cultural, lingüístico y genético en la población de Europa, pues llegaron hasta el Atlántico pastores-guerreros seminómadas originarios de las estepas de Ucrania que hablaban lenguas indoeuropeas. Entre estas gentes deben incluirse a los “proto-lusitanos” o antecesores de los lusitanos históricos.

No serían migraciones numerosas, pero es sabido que el haplogrupo R1b del cromosoma Y, originario de la estepa ucraniana, se impuso por toda Europa Occidental tras eliminar los linajes masculinos anteriores. A este haplogrupo se asociaba la persistencia de la encima lactasa, que permite alimentarse sin problemas de leche y sus derivados, hecho propio de culturas ganaderas, y la hemocromatosis o “enfermedad celta”, que suponía una ventaja en dietas pobres en hierro al mitigar la celiaquía y aumentar la resistencia a infecciones y heridas. Sin embargo, el substrato megalítico tuvo continuidad genética en las mujeres (mtDNA), cuyo papel es tan importante en la transmisión de la cultura, lo que explica la pervivencia de creencias derivadas de la Diosa Madre megalítica y de cultos en peñas sacras documentados hasta nuestros días.

No es fácil sintetizar la etnogénesis de los lusitanos, cuya arcaica sociedad indoeuropea, que llamó la atención de Posidonios y Estrabón, evolucionó hasta enfrentarse a Roma a fines del I milenio a.C. Los “proto-lusitanos” del Campaniforme se relacionan con el Bronce Atlántico, como evidencian sus armas “campaniformes”, que aparecen en depósitos rituales o representadas en estelas de “señores de la guerra”, como la de Longroiva (Fig. 2A). Estelas de guerrero del norte de Italia y algunas estelas de las alejadas estepas ucranianas pudieran indicar la fecha, vía de llegada y procedencia de estas gentes y explicar la proximidad de la lengua lusitana a las lenguas itálicas.

Los poblados eran abiertos y poco extensos, como las majadas pastoriles que apenas dejan huellas arqueológicas, hasta que a fines del II milenio a.C. aparecen los primeros ‘castros’ para controlar un pequeño valle y las vías de comunicación, esenciales para la ganadería y los intercambios estimulados por los contactos atlánticos. Aunque era una sociedad igualitaria, las “estelas lusitanas” documentan la existencia de “señores de la guerra” heroizados tras su muerte, tradición que perduró en las esculturas de “guerreros galaico-lusitanos” de la Edad del Hierro y en el culto o *devotio* al jefe guerrero carismático, cuyos últimos ecos son la figura de Viriato y la popularidad del Culto Imperial en la Lusitania romana.

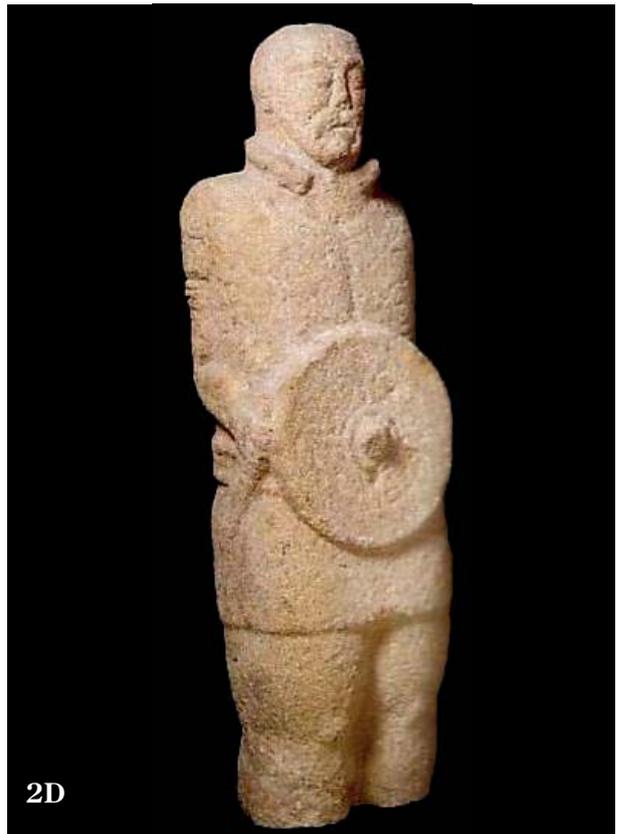


Fig. 2 - "Estelas lusitanas": A, Estela campaniforme de Longroiva, Mêda. B, Estela del Bronce Final I de Baraçal, Sabugal. C, Estela del Bronce Final II de Brozas, Cáceres. D, Guerrero luso-galaico de Lezenho, Boticas.

Lusitania prosigue en la Edad del Hierro su evolución con una creciente presión de pueblos celtibéricos, originarios de la Cultura de los Campos de Urnas, desde el este, como evidencia la llegada de los *Celtici* al Suroeste, mientras que en las zonas meridionales se intensifican los contactos mediterráneos, favorecidos por la Vía de la Plata y por el influjo de fenicios y tartesios desde la costa atlántica. Este proceso debió contribuir al aislamiento de los lusitanos y la consiguiente conservación de sus tradiciones ancestrales.

El largo proceso de etnogénesis de los lusitanos finaliza en las Guerras Lusitanas de los siglos II-I a.C. Al entrar en contacto con Roma, los lusitanos estaban en plena expansión, pero el avance de Roma de Sur a Norte suponía una progresiva desculturación, que representa el final de la evolución de los lusitanos desde las primitivas bandas de *latrones* de la Edad del Bronce hacia un ejército organizado como el de Viriato, con tácticas de guerra aprendidas de los romanos. Viriato ya no era un “pastor-guerrero” como los “señores de la guerra” de las estelas lusitanas, pues pudo enfrentarse a Roma gracias a su capacidad de organizar y mandar un ejército de miles de hombres y de controlar ciudades y amplios territorios, lo que indica que los lusitanos, al menos en la Lusitania meridional, habían alcanzado una estructura estatal, como los turdetanos y celtíberos de su época.

Es interesante comprender la gran personalidad cultural de los lusitanos. Era una sociedad indoeuropea arcaica de guerreros-pastores seminómadas, especializados en defender sus ganados y controlar extensas zonas de pastos y sus vías de comunicación. Famosos por su conocimiento del terreno, como los *framontanos* valorados por Vicente Paredes, eran capaces de moverse por grandes espacios, como lo harían más tarde los conquistadores extremeños en sus impresionantes recorridos por América, lo que no parece casualidad.

La trashumancia es una costumbre de origen prehistórico documentada desde la Península Ibérica hasta Anatolia para aprovechar los pastos estivales de las montañas y evitar los áridos veranos de los territorios menos elevados. Pero la movilidad, el control de los pastos y el robo de ganado generan conflictos, como muestra la literatura de la Irlanda celta. Esa es la sociedad indoeuropea de las “estelas lusitanas”, organizada en clases de edad y en fratrías guerreras, que aquí no se puede documentar en detalle a pesar de su interés.

Diodoro Sículo (V,34,6) cuenta que “los que en edad viril carecen de fortuna y destacan por su fuerza física y valor... con las armas se reúnen en los montes, forman ejércitos, recorren Iberia y amontonan riquezas por medio del robo” y Estrabón (III,3,5) señala que “en la región entre el Tajo y el país de los Ártabros (al norte de Galicia) habitan unas treinta tribus...; la mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra y se dedican al pillaje, en luchas constantes entre sí y cruzando el Tajo para atacar a pueblos vecinos”. Estas costumbres ancestrales regulaban el excedente demográfico y permitían adquirir botín, generalmente ganado, lo que explica las correrías lusitanas.

También debe considerarse característica la explotación comunal de la tierra, como era habitual entre los antiguos dorios, itálicos, celtas, germanos y eslavos, tradición que Diodoro Sículo (V,34,3) documenta entre los vacceos y que se había mantenido en el Campo de Aliste y en la zona del Limia en el norte de Portugal hasta el siglo XX. Esta primitiva estructura también implicaba una diferenciación de roles según el sexo. Justino (44,3,7) indica que “las mujeres se ocupan de la tierra y la casa mientras que los hombres se dedican a la guerra y las razias”, pues la actividad varonil era la ganadería, la caza, la guerra y las razias de ganado, como los *fianna* de Irlanda. Por ello, Estrabón (III,4,18) dice que “el hombre recibe de la mujer la dote (¿aperos y ganado?) y las mujeres heredan (la tierra y la casa) y se preocupan de casar a sus hermanos; lo que constituye una especie de ginecocracia” hecho que el geógrafo de Amasia considera una costumbre bárbara. Igualmente, el espíritu guerrero de los lusitanos explica el valor de sus mujeres, pues Apiano (*Ib.* 73-74) cuenta que las mujeres de los brácaros “combaten al lado de los hombres, manejan igualmente las armas y mueren con valor sin proferir un grito y, si eran apresadas, degollaban a sus hijos, pues preferían la muerte a la esclavitud”.

Esta sociedad de guerreros-pastores itinerantes tendería a transformarse en pastores trashumantes, conservando una movilidad que se traduciría en conflictos y migraciones continuos y que darían lugar a un mosaico interétnico, sobre el que predominarían los lusitanos desde el III milenio a.C., a los que cabría añadir “proto-celtas” atlánticos y desde el I milenio a.C., gentes de raigambre tartesia en las áreas meridionales y de stirpe celtibérica desde las zonas orientales, diversidad etno-lingüística que se refleja en los pueblos citados en el Puente de Alcántara (Fig. 3).

La religión de los lusitanos es conocida por testimonios epigráficos, por las fuentes antiguas, por hallazgos arqueológicos y por creencias y ritos populares de origen prerromano, aunque estos diversos campos rara vez se analizan conjuntamente con método interdisciplinar. Los epígrafes mencionan divinidades como *Arentius/Arentia*, *Bandua*, *Coronus*, *Cossus*, *Nabia*, *Reue*, *Trebaruna*, *Treboſala*, etc., a los que se pueden añadir otros muchos citados

una sola vez, pues serían el *numen loci* protector de un lugar. Estas divinidades lusitanas eran más primitivas que las greco-romanas y celtas, ya que eran *numina* no antropomorfos procedentes de ancestrales concepciones animistas de la naturaleza, como evidencian las *sacra saxa* y el carácter numínico de montes, aguas y fuentes. Estos teónimos aparecen desde el centro de Galicia hasta el Alentejo, al occidente de una teórica línea Astorga-Mérida que separa a los lusitanos de los astures, vacceos y vetones, confirmando la extensión del territorio lusitano.

Sin embargo, también aparecen en Lusitania divinidades celtas, como *Bormanico* y *Lugus* en la parte septentrional y *Ataecina*, *Endovellico* y *Vaelico* en la meridional, pues eran propias de Galaicos, Célticos y Vetones, pero extrañas a la cultura lusitana, hecho que refleja procesos de mestizaje cultural, que evidencian igualmente algunas divinidades lusitanas con epítetos celtas, como *Bandue Aetobrigo* y otros casos similares.

En la religión lusitana destacan ancestrales ceremonias de *lustratio* y de sacrificio que documentan las inscripciones, tema bien analizado por José Cardim Ribeiro. En Cabeço das Fragoas (Fig. 4) se prescribe sacrificar un cerdo, una oveja y un toro, lo que se ha relacionado con el ancestral *suovetaurilium* romano, con las *trittaiai* en Grecia (Hom. *Od.* XI,131-132) y con el *sautrāmani* de la India védica, rito mágico de origen indoeuropeo que servía para purificar el territorio del mal. La inscripción de Lamas de Moledo manda sacrificar un cordero y un cerdo a dos divinidades, *Crougia Magareaico* y *Jovia Cailobrigo*. Se ha interpretado como una *lex sacra* de la “fiesta” anual a las divinidades locales, en la que se congregaría la gente del territorio, tradición que han mantenido las romerías populares, derivadas de estos ritos prerromanos, mientras que la inscripción



Fig. 3 – *Populi* lusitanos que construyeron el Puente de Alcántara, Cáceres.

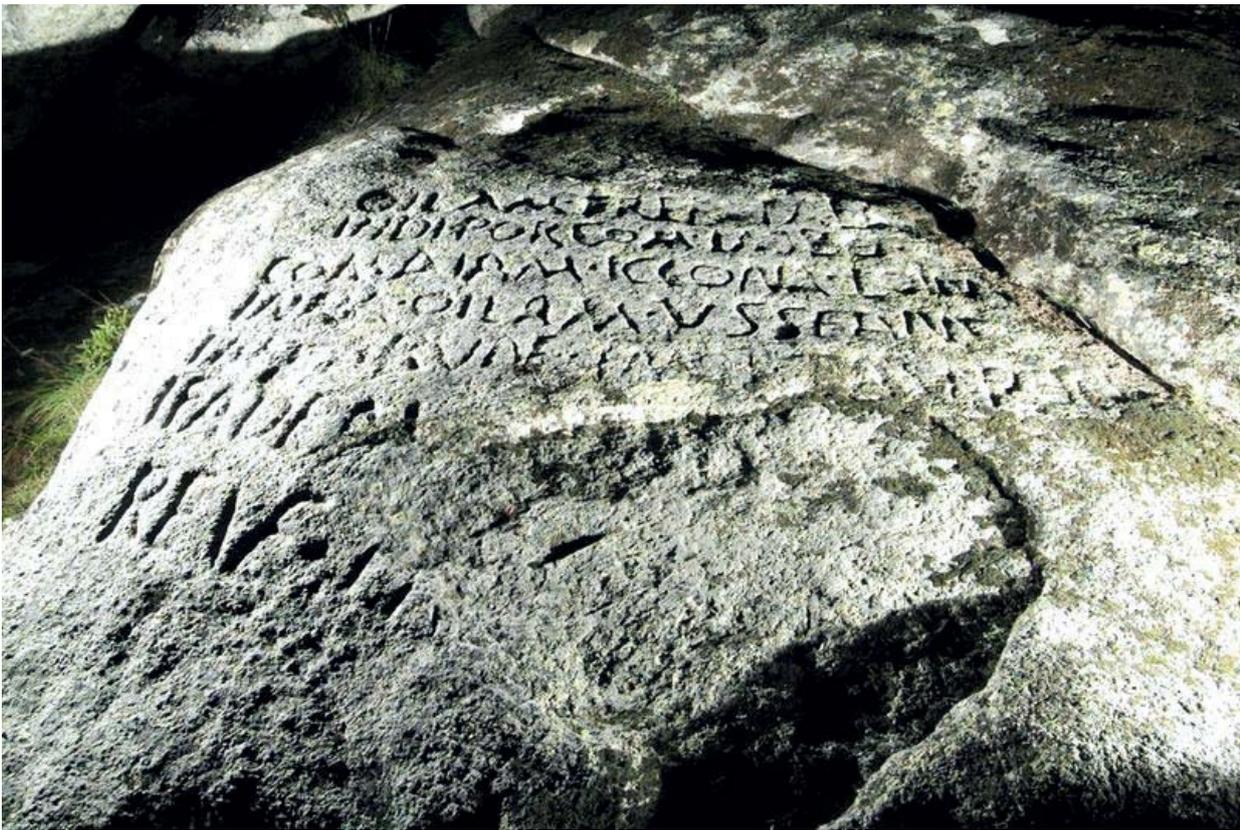


Fig. 4 – Inscripción lusitana de Cabeço das Fragoas, Guarda.

de Arronches prescribe sacrificar 10 animales a diversas divinidades, lo que recuerda la noticia de Estrabón (III,3,7) de que hacían “hecatombes de animales de cada especie”.

La perdida inscripción de Arroyo de la Luz es una *lex sacra* de *lustratio* del territorio, con ritos sacrificiales y deambulatorios en los que participaba toda la comunidad. Este ritual recuerda el ancestral rito romano de la *lustratio pagi* conocida en especial por Catón (*Agr.* 141), pero para su interpretación deben valorarse igualmente las populares circumambulaciones de las *Troménies* bretonas, como la de Locronan, en cuya gran celebración cada 6 años se pasa por cuatro estaciones cuyas advocaciones cristianas sustituyen a divinidades célticas, como evidencia su orientación astronómica. También el folklore extremeño y portugués conserva procesiones circumambulatorias, como en las ermitas de São João d’Arga, en Caminha, o de Garrovillas de Alconétar en Cáceres, mientras que en la ermita de Ntra. Sra. del Encinar, en Ceclavín, Cáceres, los jinetes hacen una triple circunvalación dextrógira, que recuerda las carreras de caballo rituales de la Irlanda celta.

Los autores clásicos ofrecen más noticias sobre la religión lusitana, pues sus ritos les llamaban la atención, aunque no llegaban a comprender su carácter ancestral. Estrabón (III,4,16) señala que “los galaicos son ateos”, lo que contradice las numerosas evidencias epigráficas. Julio Caro Baroja consideró que sería tabú pronunciar el nombre del dios y Antonio García Bellido y José M^a Blázquez supusieron que los consideraron ateos por no representar físicamente a sus dioses o por no ser dioses como los griegos y romanos, como propuso Herman Usener y mantiene José Carlos Bermejo. La explicación parece más sencilla: los lusitanos tenían una concepción muy primitiva de la divinidad, por ser *numina* no antropomorfos de origen animista.

Estrabón (III,3,6) también alude a ritos de iniciación en saunas, que documentan las llamadas *pedras fermosas* o saunas castreñas, que se extienden desde Galicia hasta Ávila. Otros hallazgos arqueológicos completan la visión sobre la religión. Los ritos funerarios son poco conocidos, aunque prosiguen la tradición del Bronce Atlántico, como los depósitos rituales en aguas, cuevas y peñas, mientras algunos bronce galaico-lusitanos con escenas de sacrificio complementan e ilustran las noticias de Estrabón y de las inscripciones sobre sus ritos sacrificiales. Otro testimonio religioso de interés son las “estelas lusitanas” de guerrero (Fig. 2), que desde el Campaniforme perduraron en el paisaje y formaría parte del imaginario colectivo, incluidos los “Guerreros galaico-lusitanos” de finales de la Edad del Hierro, asociados unas y otros a la *devotio* y al culto al antepasado heroizado que protegía el territorio y a sus gentes.

Un elemento muy característico de las tierras graníticas del Occidente son las *sacra saxa* o peñas sacras a las que se deben añadir los santuarios rupestres. Son testimonios de la religiosidad popular hasta hace poco apenas valorados. Aunque atrajeron la atención de los anticuarios del siglo XIX, cayeron en descrédito en el siglo XX, pero desde el estudio del Altar de Lácara y de las peñas propiciatorias y de adivinación se han catalogado más de 1200 peñas en la *Hispania Celtica*, lo que refleja la importancia de este capítulo antes desconocido de la religión popular. Las peñas sacras tenían carácter “sobrenatural” y connotaciones “mágicas”, como reflejan sus ritos y mitos asociados, pues eran el símbolo visible del *numen loci* situado en el Otro Mundo, probablemente relacionado con los ancestros, *numen* que procede de primitivas concepciones animistas muy alejadas de nuestra forma racional de entender el mundo, la vida y la naturaleza.

Otras tradiciones populares testimonian ritos, cultos e incluso divinidades prerromanas, más o menos cristianizadas, gracias a lo cual han pervivido casi hasta nuestros días, como los santuarios con fiestas y romerías, en ocasiones aún asociadas a ritos de paso y a fiestas del calendario prerromano. También se han conservado creencias prerromanas como la metempsicosis o transmigración de las ánimas en San Andrés de Teixido, y se constata el carácter numínico de árboles, peñas y montes, fuentes y ríos, que conformarían el rico y vivo “paisaje sacro” del imaginario popular, poblado por innumerables *numina* y espíritus sobrenaturales.

Esa visión del mundo de la cultura popular, anterior a nuestra visión científica, explicaba de forma sobrenatural y mágica fenómenos que no podían entender de otro modo con los conocimientos que tenían, como los sueños, el tiempo, la salud, la fecundidad, etc., con ritos que entremezclaban magia y conocimientos empíricos. Estas creencias constituían la verdadera religión popular de la Lusitania, no atestiguada por hallazgos arqueológicos ni por fuentes clásicas y epigráficas. En consecuencia, estas tradiciones, hoy ya casi perdidas, son esenciales para conocer la religión lusitana.

La personalidad cultural de los lusitanos también la refleja su lengua, una de las más interesantes de la Hispania prerromana, aunque apenas la documentan media docena de epígrafes escritos en alfabeto latino, pues son ya de época romana, puesto que se datan entre el siglo II a.C. y el II d.C.

La clasificación de la lengua lusitana es controvertida, pero es clave para comprender la etnogénesis de los lusitanos. Es una lengua indoeuropea de tipo *centum*, próxima al celta y al itálico. Lusitano y celta ofrecen contactos intensos, pues hay topónimos celtas, como *Caielobrigoi*, con declinación lusitana y se discute si ambas descienden de una lengua común, el “Proto-Celto-Lusitano”.

Hay muchos autores, como Jürgen Untermann, que incluyen el lusitano en la familia céltica por la etimología de topónimos y antropónimos; otros, la consideran una lengua para-céltica, otros consideran que lusitano y celta son lenguas próximas y hermanas, como Xaverio Ballester, pero otros excluyen el lusitano de las lenguas celtas pues la consideran una lengua indoeuropea occidental o, más bien, una lengua itálica por conservar la **p-* indoeuropea, tener *f* y palabras y teónimos similares a los de las lenguas itálicas.

Apenas se conocen 100 palabras lusitanas. Sin entrar en detalles, era una lengua flexiva indoeuropea con declinaciones y desinencias. Su sintaxis ofrece como el galo el orden (SVO), frente al latín, celtibérico, lepónico y el celta insular. Además, tenía arcaísmos, especialmente en teónimos, y se han señalado variaciones dialectales.

Sin embargo, toda visión de la lengua lusitana debe valorar la complejidad lingüística de la Lusitania, que reflejan los distintos *populi* citados en la inscripción de Puente de Alcántara (Fig. 3). Se constata un estrato denominado “antiguo europeo”, atestiguado en hidrónimos y orónimos, que Tovar relacionó con el lusitano, pero Francisco Villar, Juan José Moralejo y Javier de Hoz lo han considerado anterior y distinto, frente a Jürgen Untermann, que lo consideró una pervivencia mantenida en la lengua lusitana, que consideraba celta. Por otra parte, es lógico que hubiera desde el II milenio a.C. gentes “proto-celtas” del Bronce Atlántico, sin excluir una posible continuidad desde el Paleolítico como defienden Mario Alinei y Xaverio Ballester. Por todo ello, es difícil precisar los distintos substratos lingüísticos: “europeo antiguo”, “lusitano”, “proto-celta atlántico”, otro posible “ligur”, como indicarían hidrónimos como Marlasca, todos los cuales pudieran ser pervivencias fusionadas en la lengua lusitana, sobre la que, además, se sobreponen elementos celtas relacionados con los “celtíberos” y pueblos afines, como los Célticos del Suroeste y posibles elementos llegados con las migraciones celtas del siglo V a.C.

También es necesario hacer una rápida referencia a la importancia como verdaderos documentos históricos que tiene la herencia lusitana conservada en las tradiciones populares de Galicia, Portugal y Extremadura. Desde el siglo XIX estudiosos portugueses y españoles recogieron costumbres, ritos y mitos populares, entonces bien conservados, que consideraban de origen prerromano, como hacían los *celtómanos* de otras partes de Europa. Los trabajos de Joaquín Costa sobre colectivismo y la literatura oral junto a estudiosos portugueses como Martins Sarmiento o Leite de Vasconcelos abrieron esta línea de estudio, cultivada igualmente en Galicia, Salamanca y Extremadura por muy diversas gentes, aunque rara vez con metodología paleoetnológica.

Estas tradiciones documentan un impresionante proceso de “larga duración”, sin parangón en nuestra Historia, que ya testimonia en el siglo VI la obra *De correctione rusticorum* de Martinho de Dume. Estas tradiciones son un verdadero tesoro cultural conservado en áreas rurales hasta la desculturización del campo a mediados del siglo XX, pues permiten conocer la cultura popular prerromana, su imaginario y sus creencias, como he podido constatar, en numerosos viajes y en diversas circunstancias, al analizar el “paisaje sacro” de Galicia, Portugal y Extremadura, experiencia que acentuó mi interés por estas tradiciones del folklore, muchas veces olvidadas cuando no menospreciadas, a pesar de que son verdaderos documentos históricos y la única vía para conocer la sociedad, las creencias y la literatura oral del mundo prerromano. Estas costumbres son extrañas al mundo clásico y al germánico, al islámico y al cristianismo, ya que son perduraciones de creencias y ritos prerromanos conservados gracias a un proceso de larga duración, lo que exige analizar su relación filogenética como se analiza el origen de un topónimo.

No entro en las numerosas pervivencias de la cultura material, como las pallozas y chozos, cuyo origen remonta al Calcolítico, o como tantos aperos del campo originarios de la Edad del Hierro. De esa época procede la organización jeraquizada del territorio, conocida como “Villa y aldeas”, el uso comunal de pastos y aguas y la división del campo en huertos, labrantíos, dehesas y monte, como en el antiguo Lacio.

Una especial atención merece la trashumancia, tan vinculada al paisaje y a la socioeconomía de las tierras silíceas occidentales, en especial de Extremadura, pues es una clara pervivencia de la tradición ganadera de los lusitanos, ya que era la base de su estructura socioeconómica, probablemente originaria de los pastores-guerreros de las estepas. Sus costumbres itinerantes para buscar el mejor pasto se adaptaron a las características climáticas de la Lusitania, como observó Gaspar Melchor de Jovellanos en el siglo XVIII: “*Oblíguese á una sola*

de estas cabañas a permanecer todo un verano en Extremadura, ó todo un invierno en los montes de Babia (León), y perecerían sin remedio”. Estos pastores desarrollan una memoria topográfica que les facilita orientarse, como los pueblos nómadas, capaces de cruzar sin perderse grandes extensiones, característica ancestral que quizás explica los impresionantes desplazamientos por el Nuevo Mundo de los conquistadores extremeños.

No resulta posible en esta ocasión analizar con detenimiento los interesantes ritos y tradiciones sociales de raigambre prerromana, que exigen un estudio renovado con la metodología de la Paleoeología y desde sus actuales perspectivas. Hay danzas inicáticas en torno a un menhir, al que se alude en la breve cantiga popular recogida por Teófilo Braga y Leite de Vasconcelos: “*Tres voltas dei ao penedo / para namorar José / namorei-o em três dias, / valeu-me a mim dar ao pé*”, danza que podía hacerse en tono a un palo, como en Brozas y Peloche, en Cáceres. Ya se ha aludido a las numerosas peñas sacras. Hay peñas propiciatorias y de adivinación, también hay peñas *refalizas*, hoy convertidas en juegos infantiles, peñas sanadoras e incluso peñas con lechos rupestres vinculados a ritos de *incubatio* y de *sanatio*. Entre los ritos iniciáticos masculinos, destacan las carreras de Caballos de Ceclavín, en las que los jóvenes circunvalan a caballo la ermita de Ntra. Sra. del Encinar. En Las Hurdes los novios abrían surcos para celebrar el matrimonio, lo que parece ser un antiguo rito de fundación, y en el *Peñón de la Pata del Buey* de Alange, Badajoz, el novio y la novia miccionaban en un covacho para consumar el matrimonio. También impresiona en Fornos de Maceira-Dão, cerca de Mangualde, la tradición del *Penedo do Pecado*, de forma fálica (Fig. 5), en el que se sorteaban ritualmente por insaculación las parejas. También se pueden citar las numerosas fiestas anuales populares que mantienen un calendario prerromano determinado por el sol y en las Hurdes regían las “operaciones agrícolas por las fases de la luna”, como en el calendario celta, que contaba el tiempo por noches y lunas (Caes., *B.G.* VI 18, 2; Plin., *N.H.* XVI 250 79).



Fig. 5 – *Penedo do pecado*, Fornos de Maceira-Dão, Mangualde.

De gran interés es la literatura mítica oral de origen ancestral transmitida en cuentos y leyendas, pues permite conocer el imaginario prerromano y su cosmovisión, con un panteón de gigantes y terroríficos seres que habitan cuevas y montes. En Extremadura, muchos de estos seres, que mitifican los peligros agrestes, son femeninos, como la *Chancalaera*, la *Jáncana*, la *Encorujá* o la *Serrana de la Vera*, otros son masculinos, como *El Alicornio*, *El Macho lanú* o el *Lobishome*. Junto a ellos hay infinidad de *Mouros/Moros* y *Mouras/Moras*, palabra derivada del indoeuropeo **mr-tuos* “espíritu ancestral”, y otros seres sobrenaturales acuáticos como sirenas y tritones. Resultan llamativos los *zahorilis* de las Hurdes, hombres buenos y respetados que transmitían la cultura popular y actuaban de árbitros en pleitos por ser conocedores del derecho consuetudinario y de la medicina ancestral, a los que incluso se les creía capaces de curar con su aliento, de conjurar tormentas y de levitar.

La conclusión es evidente. Muchas costumbres populares de estas tierras occidentales han conservado un imaginario ancestral muy alejado de nuestra comprensión racional del mundo por proceder del mundo prerromano, ya que se han mantenido en un proceso de “larga duración” gracias a su adecuación a la cultura popular.

En la segunda mitad del siglo XX ha desaparecido esa cultura popular y sus ritos, creencias y formas de vida ancestrales como consecuencia de la emigración y de nuevas ideas y visiones del mundo llegadas a través de la televisión y de la enseñanza, lo que ha supuesto la pérdida irreparable de este inapreciable Patrimonio Cultural. El cambio era inevitable y ha sido muy positivo, pero se debía haber documentado y estudiado este patrimonio antes de que su pérdida fuera irreparable y se debía haber integrado en los estudios de las culturas prerromanas prosiguiendo la visión interdisciplinar que tenían los estudiosos de finales del siglo XIX.

Para concluir, hay que resaltar la profunda relación de la antigua Lusitania con las tierras occidentales de Galicia, Portugal y Extremadura. El breve análisis realizado no busca una exaltación nacionalista, que está fuera de lugar, aunque haya quienes defiendan visiones de este tipo. Tampoco pretendo equiparar la población actual a los lusitanos, pues sería falso y anacrónico.

Pero el análisis realizado evidencia que los lusitanos son un campo de estudio interdisciplinar de gran interés para comprender el origen de las gentes que ocupaban el *finis terrae* que constituía el occidente de la Península Ibérica, de la que deben considerarse uno de los elementos conformantes, junto a la Romanización, el Cristianismo y la Reconquista. También permiten comprender mejor la expansión indoeuropea por Europa y los procesos de formación de los pueblos prerromanos de la antigua Hispania, que conforman las raíces de la población actual de Portugal y España.

En su larga historia los lusitanos habitaron las áreas graníticas occidentales, desde Galicia hasta Sierra Morena, hasta quedar divididos al crearse la *Provincia Lusitania*, aunque, como pueblo de pastores-guerreros, la movilidad formaba parte de su cultura, por lo que no existirían fronteras fijas para ellos y sus ganados. La continuidad de sus tradiciones más allá de la romanización y la difusión del cristianismo constituye un proceso de “larga duración”, raro en la Historia, que permite comprender la personalidad de esas tierras del Occidente, pues la cultura popular mantuvo sus tradiciones hasta la despoblación y desculturización del campo en el último tercio del siglo XX.

Los actuales estudios de Paleoeología demuestran que esas tradiciones populares ancestrales son verdaderos documentos históricos, pues permiten conocer muchos aspectos de las sociedades prerromanas que no documentan las fuentes clásicas ni la arqueología. Por ello, constituyen un verdadero Patrimonio Cultural que debemos cuidar, dado que actualmente está en claro riesgo de desaparecer. Contribuir a valorar ese Patrimonio es un homenaje personal a esas bellas tierras, herederas de un pasado milenario tan sugestivo y de tanta personalidad.